

SEGUNDO PUESTO

# El reloj de la jungla

---

Ana María Ferro Gómez  
Cine y Televisión  
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura  
[ana.ferro@uniagustiniana.edu.co](mailto:ana.ferro@uniagustiniana.edu.co)



¡Huye! Era el sonido que resonaba en su cabeza, corría sin mirar hacia atrás. Lo que parecía una escapada magnífica había dejado un letargo de miedo en su alma. El susurro de la jungla resumido en los sonidos del cantar de las aves había entumecido su caminar. Su pierna lastimada replicaba el dolor en todo su cuerpo.

Tic tac, tic tac, hacían las pulsaciones de su corazón, lo que hizo que detuviera su caminar y se sentara bajo la sombra de un árbol. El sonar de un río cercano quitaba su angustia; la respiración agitada se iba desvaneciendo poco a poco hasta poder llegar a la calma. El sol bajó lentamente hasta llegar a la oscura noche. Ahí, aquel hombre cuyo nombre no se conoce cerró sus ojos.

A la espera de que, en lo onírico, pudiera olvidar aquel hostigamiento al que estaba siendo sometido, dejó llevarse por el mundo surreal, al silencio del recuerdo y al abismo de los sueños, sabía que al despertar sus agobios iban a continuar ahí.

Una fuerte sacudida hizo que abriera sus ojos, creía que quienes lo tenían en cautiverio habían llegado por él; sin embargo, en presencia de él estaba una figura alargada y sin patas, un reptil que si lo atrapaba, iba a obstruir su respiración. La anaconda empezó a enrollarlo lentamente: desde la punta de los pies hasta llegar al cuello del hombre. El miedo lo estaba consumiendo lentamente; él soltaba bocanadas de aire para no ceder ante la angustia.

La cara de la constrictor subió hasta llegar al rostro del hombre; frente a frente, se observaron. La serpiente sacaba su lengua bípoda y se acercaba de a poco a la boca del sujeto. El fin estaba cerca, pensaba él; sus esperanzas de salir vivo de aquel lugar se habían esfumado. La serpiente apretó fuertemente la rodilla del hombre, él emitió un grito que de seguro le había advertido a otros animales de su presencia en el lugar.

Por su mente pasaron las imágenes de placer, deseo y amor por los que había acontecido toda su vida. Tic tac, tic tac, volvía a resonar

su corazón, los pálpitos de la selva se lo estaban llevando lentamente. Tic tac, tic tac, las imágenes del rostro de su esposa. Tic tac, su familia completa figuraba en el espacio. Tic tac, la serpiente soltó poco a poco el cuerpo del hombre y el dolor que lo había detenido la noche anterior, de repente, se lo llevó la anaconda.

Este sujeto encontró una aliada que lo devolvería de camino a su casa. La impoluta anaconda había curado al hombre: no lo enrolló realmente, lo arrulló para llevarlo a salvo. El hombre, agradecido y extrañado por aquel comportamiento, veía como la anaconda se arrastraba esperando a que él la siguiera. Cada paso que daba el hombre era dibujado por el animal. Su turbulenta angustia desaparecía.

Al llegar la noche, la anaconda se detuvo, él hombre durmió y fue en ese momento, bajo la luz de luna, en que se pudieron comunicar el uno con el otro. El ambiente de los sueños pronunció la forma humana de la serpiente, quien le habló al hombre. En modo de advertencia, el animal le dijo al sujeto que ella lo iba a ayudar a llegar a su hogar, pero que él debía asumir dos condiciones: la primera era que si observaba a un humano y ella no se lo permitía, debía seguir adelante como errante, y la segunda era que debía alimentarse una sola vez al día. Si él abandonaba el compromiso en el acto, la jungla iba a tomar el motor de su vida. Obedecer sería su destino, sin dejarse llevar por la irracionalidad humana.

El hombre aceptó sin pensar. Durante años vagaron por aquella selva. Las penurias del calor y la falta de alimentación estaban costándole mucho al hombre. Él solo pensaba en su familia, en su esposa, quienes eran el resguardo del amor que hacía que su fuerza continuara. A veces, se sentía sumido en la desesperación, jacto de ironía y con ganas de romper dichas condiciones. Hasta que no aguantó más y lo hizo.

Un día, el hombre se dio cuenta de que todo ese tiempo la serpiente lo había hecho dar vueltas y vueltas por dicha jungla, aquel árbol donde ella lo había encontrado. Ahí habían regresado ambos; el hombre, ofuscado, lleno de rabia y dolor, salió corriendo para encontrar un palo y asesinar a la serpiente. En el camino, vio cerca al río una pequeña embarcación y empezó a gritar. Corrió, pero él era invisible ante los ojos de estos hombres. Abandonado y desgraciado ante tal suerte, cogió una piedra para internarse nuevamente en la selva.

Entonces, la anaconda estaba parada en forma humana y él la golpeó en la cabeza fuertemente. La sangre derramada se unía gota a gota con el rocío del agua que llegaba al río. El sujeto cocinó cada parte de ese cuerpo humano y se lo comió. Se sentía perturbado, agobiado y agotado. Consumió el cuerpo hasta saciar su rabia

Empezó a derramar lágrimas, era la primera vez que pasaba solo una noche: la única amistad que tenía y la había asesinado. Imploraba perdón al aire.

La noche abrumadora hacía que el silencio fuera su enemigo. Acongojado, en la soledad, perdía la esperanza de volver a casa. La sangre que estaba a su alrededor, como un acto mágico, se suspendió en el lugar, formando una hilera líquida que marcaba un camino. El hombre empezó a seguirla para ver a qué espacio lo llevaba.

Se encontró con el río en donde había estado gritando y, frente a él, la forma humana que él había asesinado. Múltiples anacondas salieron a reclamar el cuerpo del hombre. Era el castigo por haber traicionado a su compañía durante años. Empezaron a sumergirlo en el río y la voz del espíritu se pronunció: «Lo que para ti fueron años, para mí fue un día; lo que para ti fue rabia, para mí fue amor. Si la paciencia te hubiese aguantado, junto al navío te hubieses marchado».

El hombre se desfiguró y su cuerpo se desprendió parte a parte. Lo que caía al río se lo comían las pirañas; casi toda su parte corpórea fue consumida en el acto. Pero su corazón intacto cayó en las profundidades del río en donde repercutió como un reloj cada vez que un viajero huía de ese lugar. Tic tac, tic tac, suena el agua. Tic tac, tic tac, suena la jungla.